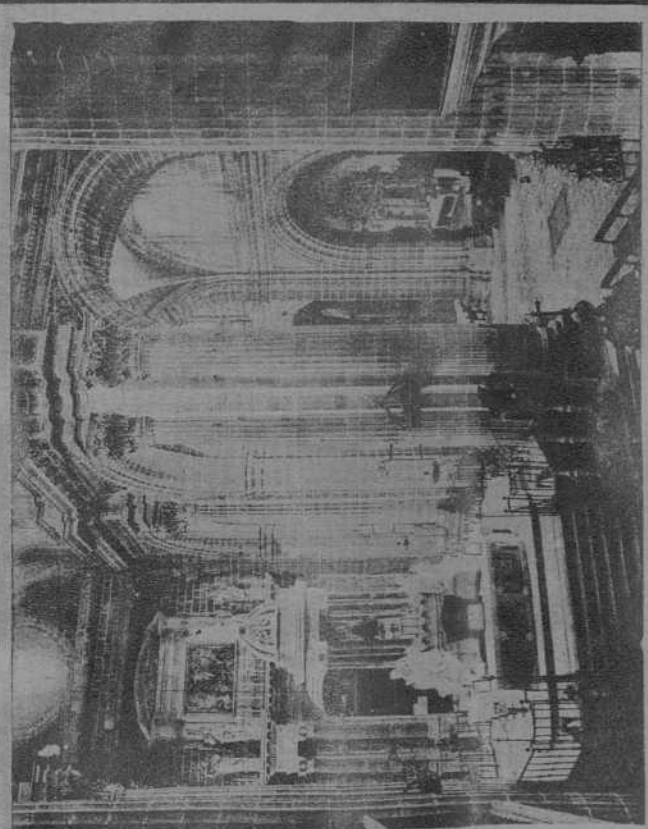


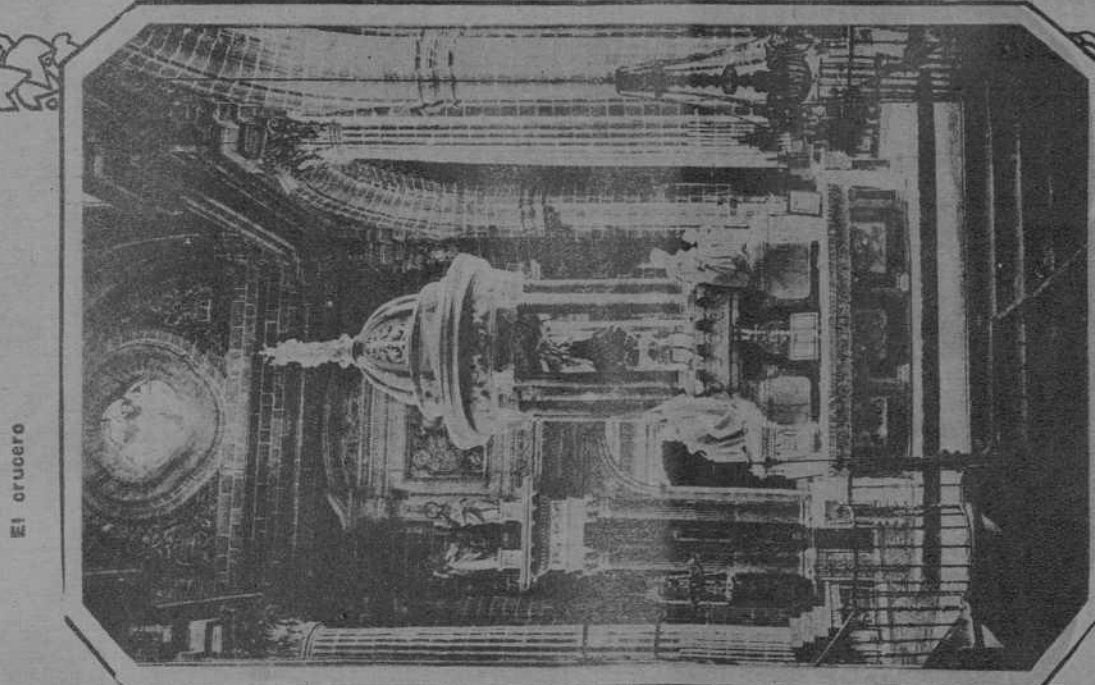
NUM  
-121-

PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS  
D.E.  
El Dia Gráfico

AGOSTO  
5-1928

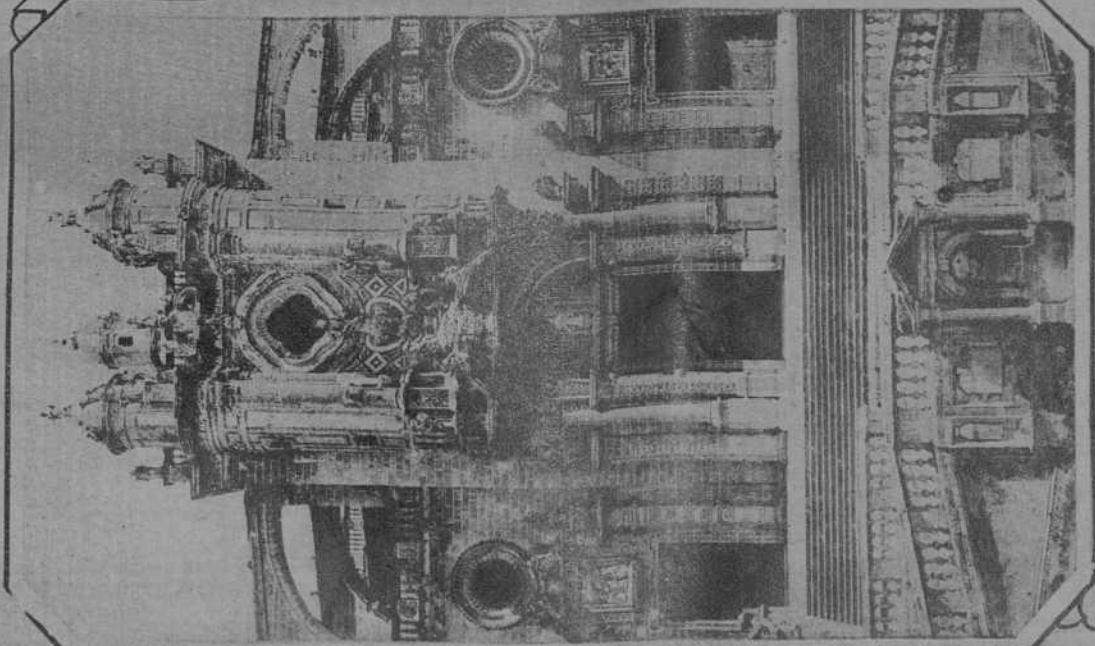


JEREZ DE LA FRONTERA POSEE, CON SU BELLA COLECCION,  
UN TESORO ARTISTICO, ADMIRADO DE CUANTOS  
LA VISITAN

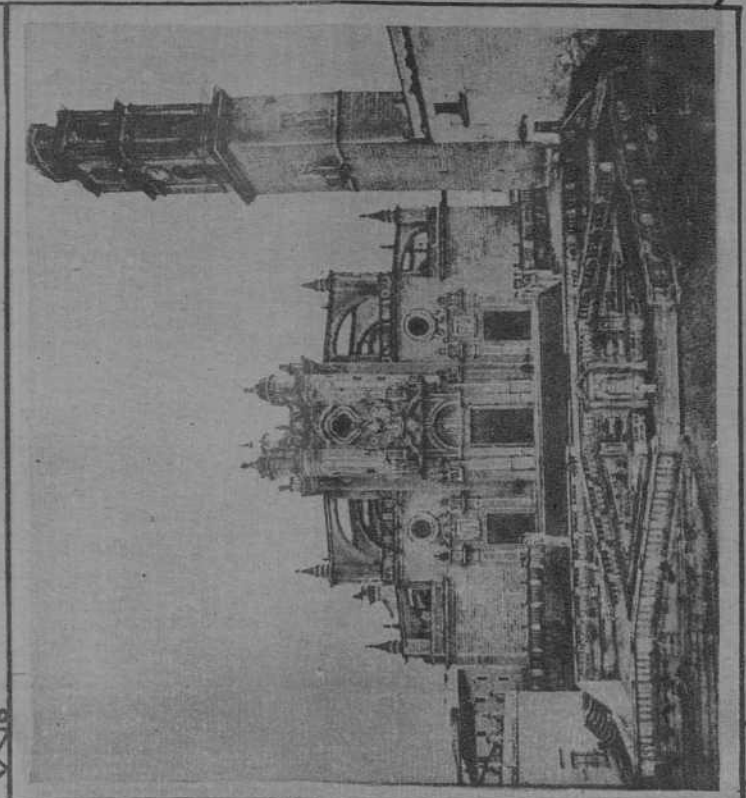


El orucero

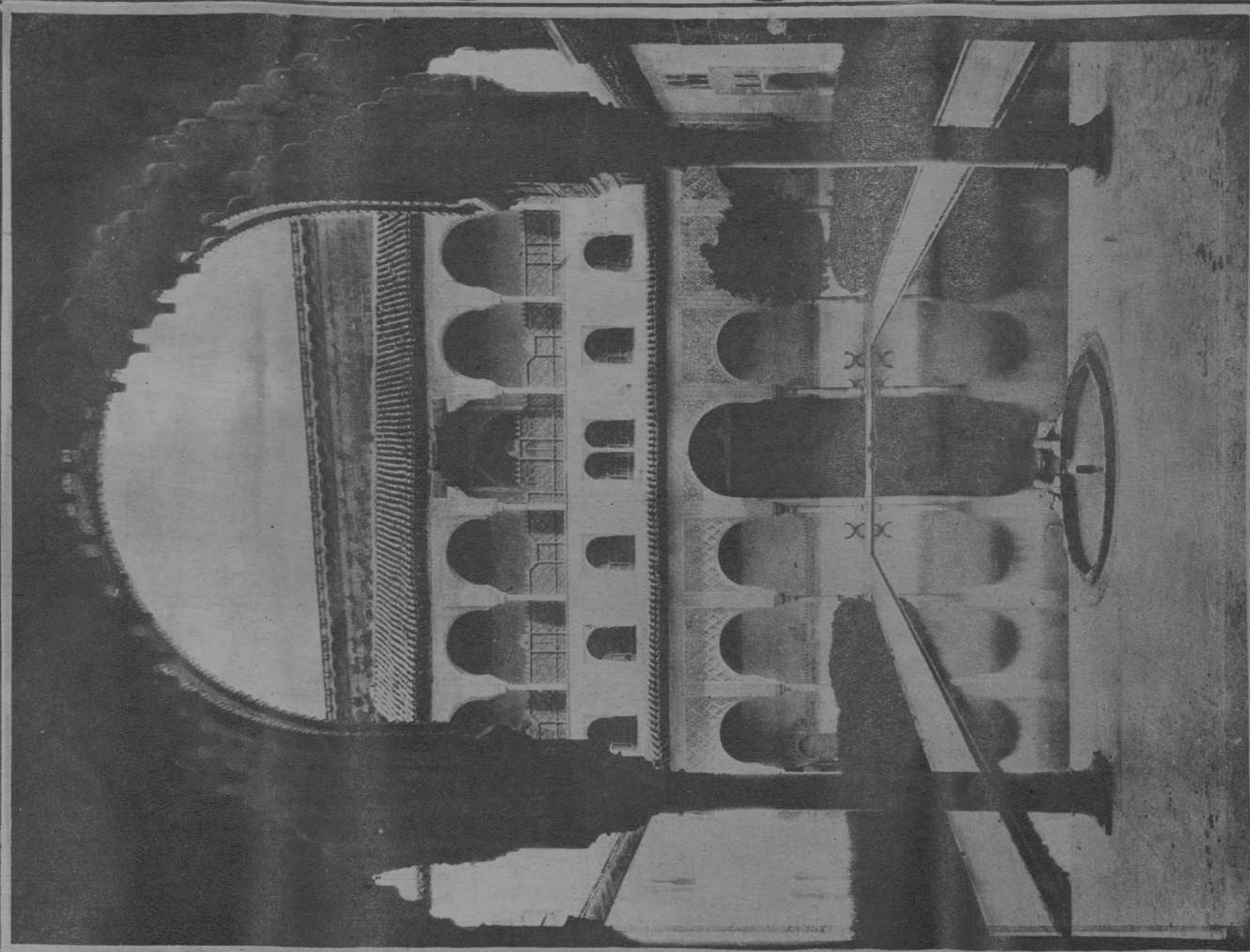
El altar mayor



La portada

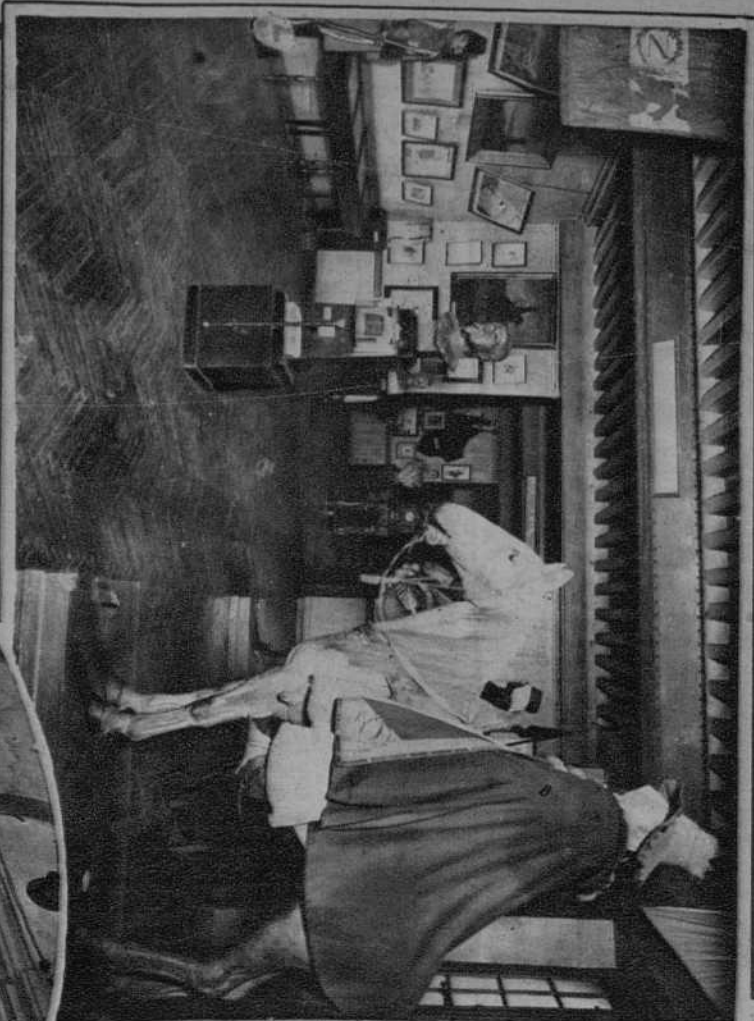


Vista del templo

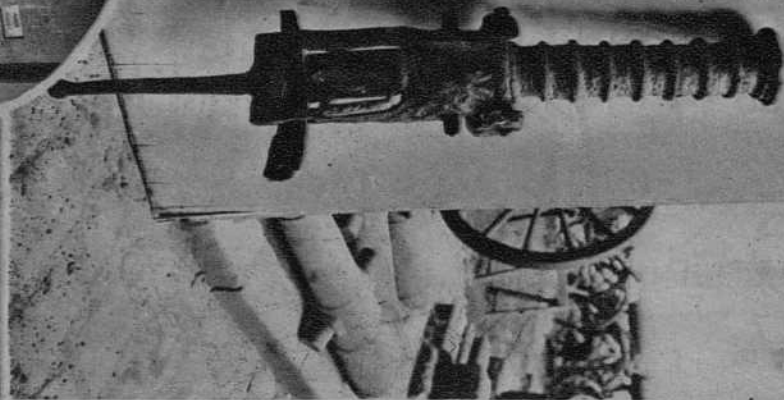


El patio de los Arrayanes de la Alhambra de Granada  
(Fot. Mas)

*El museo del Ejército en París.*

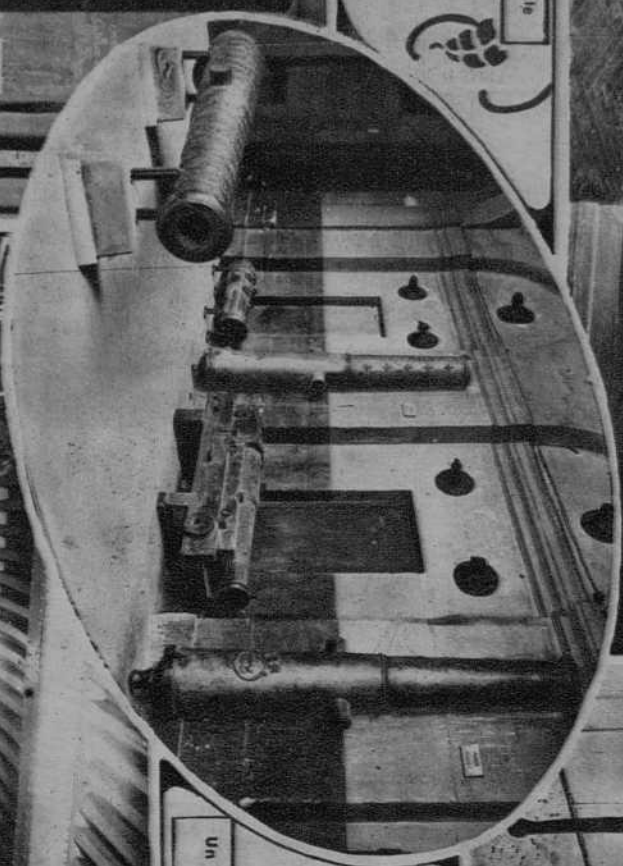


La colección del duque d'Anjou

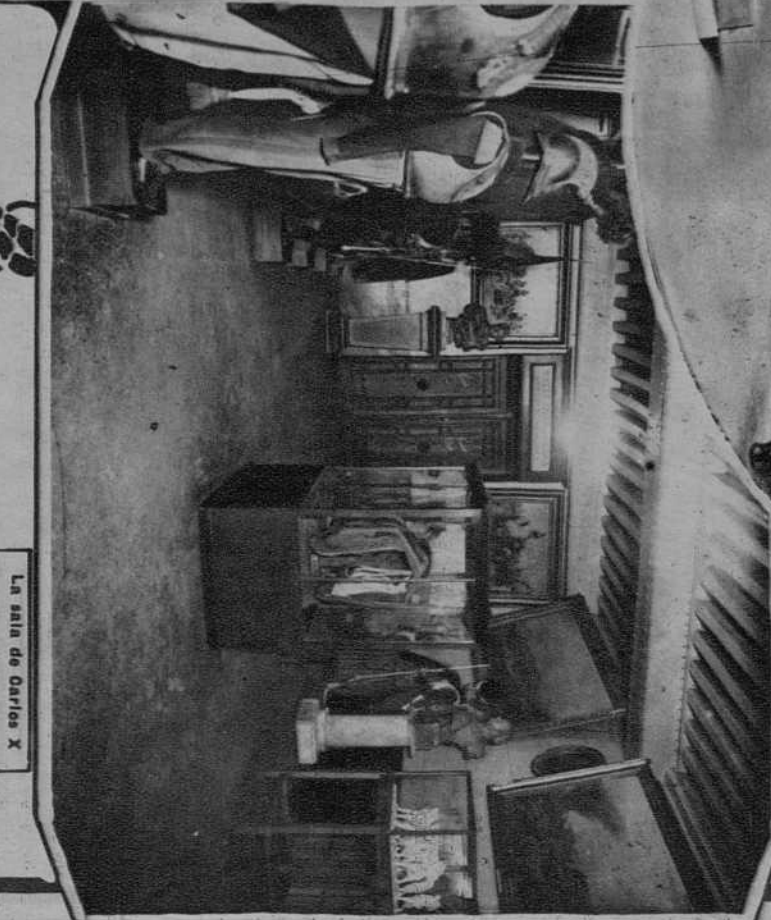


Cañón de hierro, del siglo XIV

Un puñado de cañones históricos

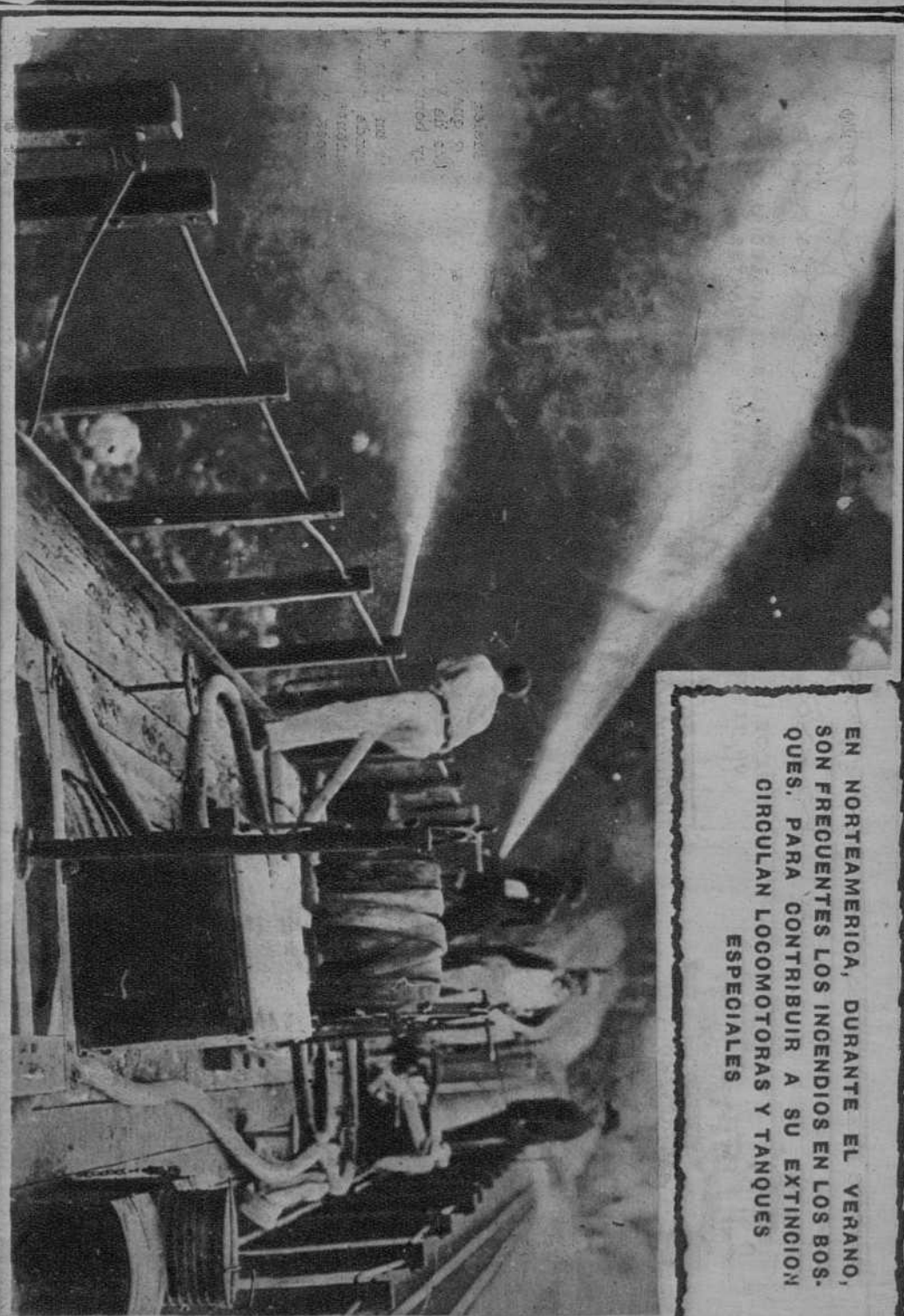


Cañón del tiempo de Luis XV



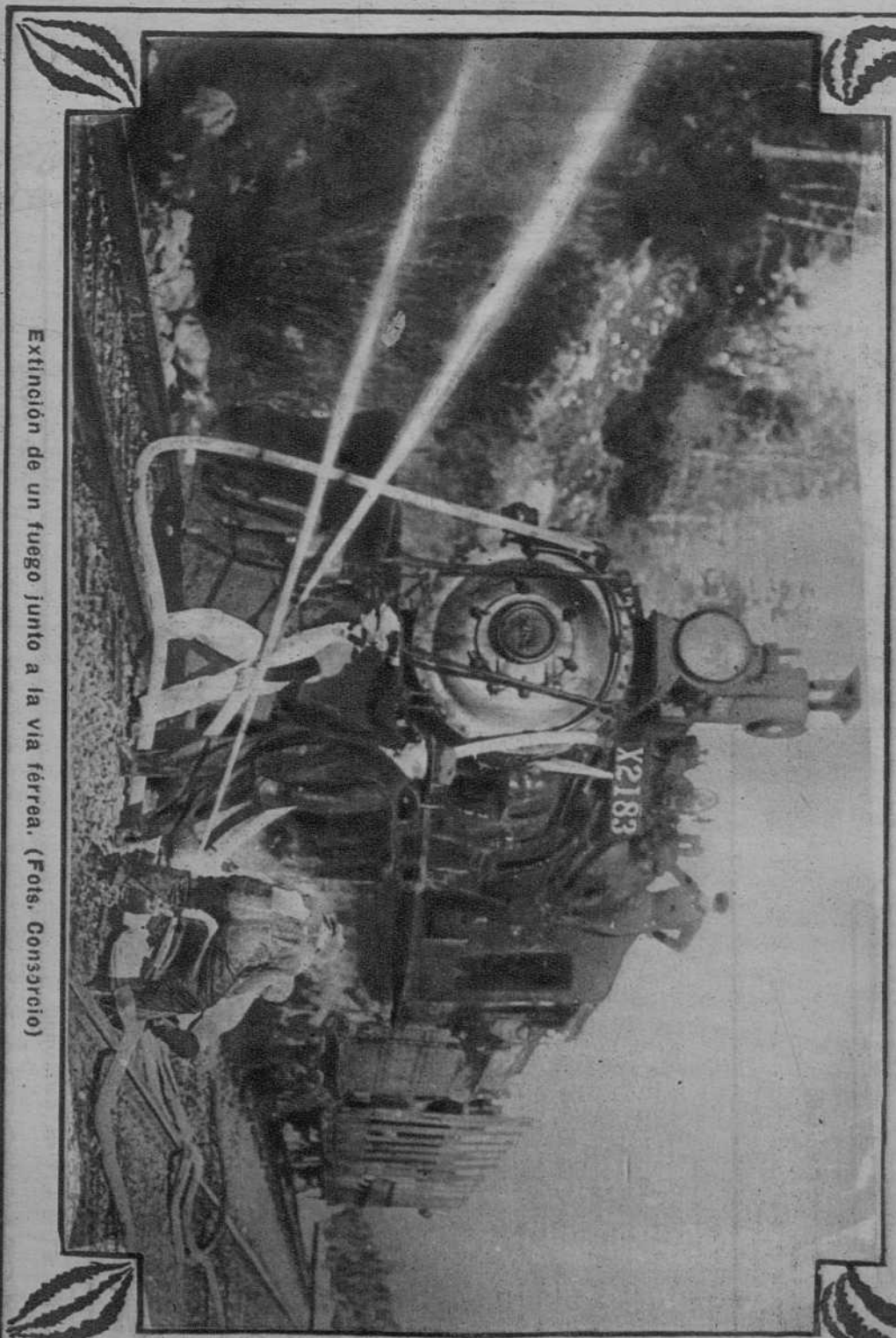
La sala de Carlos X

(Fot. Consorcio)



EN NORTEAMERICA, DURANTE EL VERANO, SON FRECUENTES LOS INCENDIOS EN LOS BOSQUES. PARA CONTRIBUIR A SU EXTINCION CIRgulan LOCOMOTORAS Y TANQUES ESPECIALES

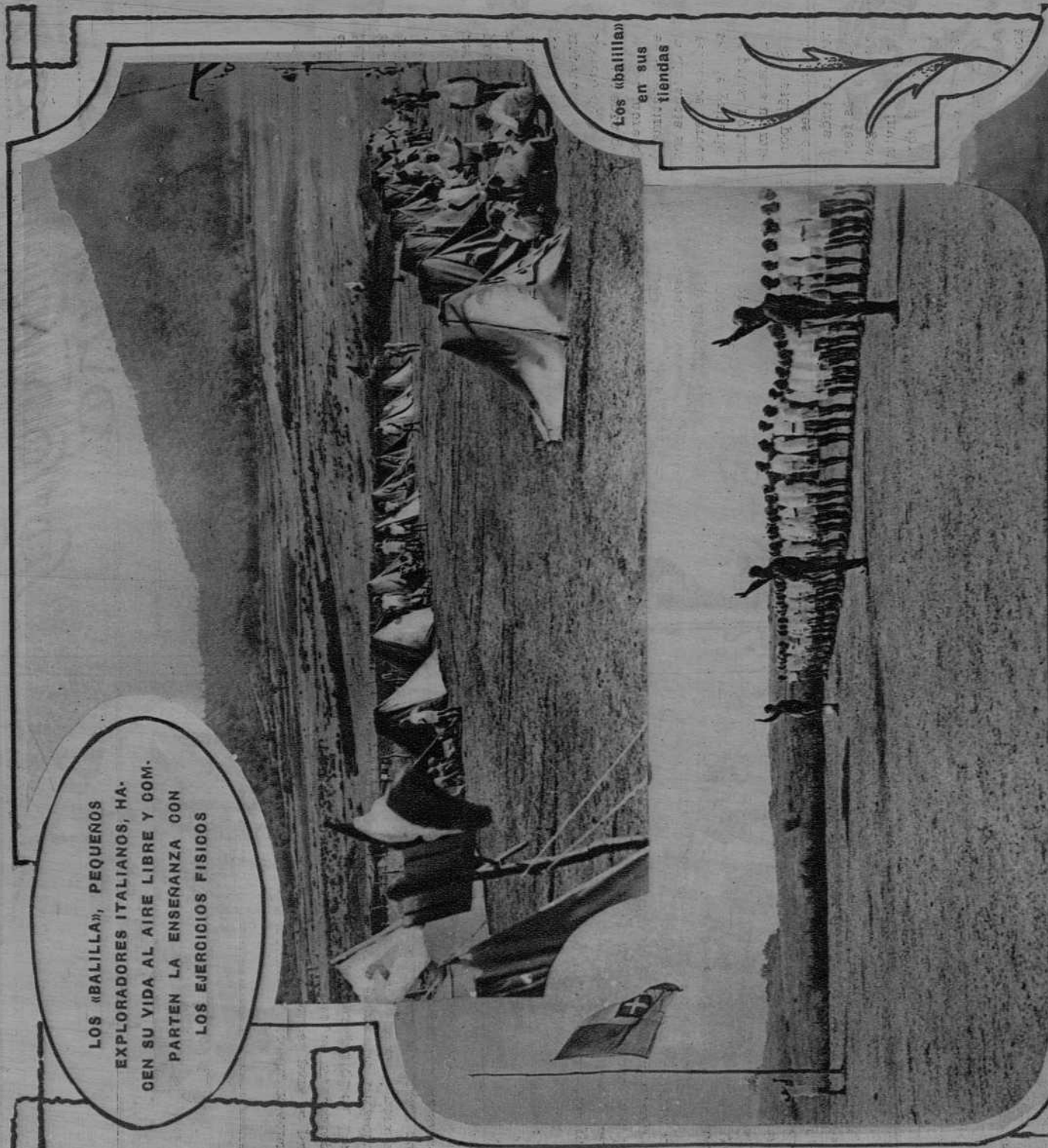
Luchando contra el incendio



Extinción de un fuego junto a la vía férrea. (Fot. Consorcio)

JA 8-5

LOS «BALILLA», PEQUEÑOS EXPLORADORES ITALIANOS, HACEN SU VIDA AL AIRE LIBRE Y COM- PARTEN LA ENSEÑANZA CON LOS EJERCICIOS FISICOS



Los «balilla» en sus tiendas

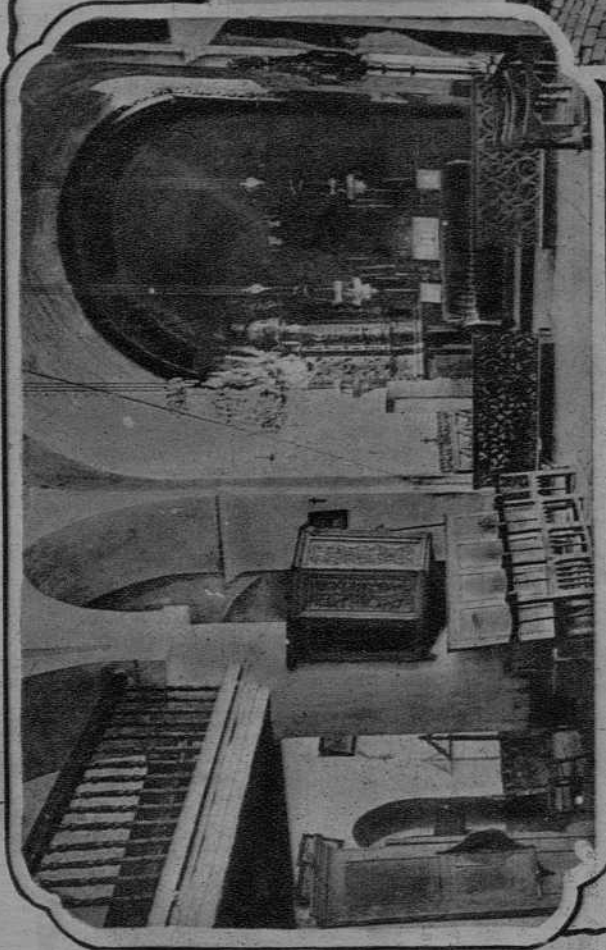
El saludo a la bandera, al salir el sol



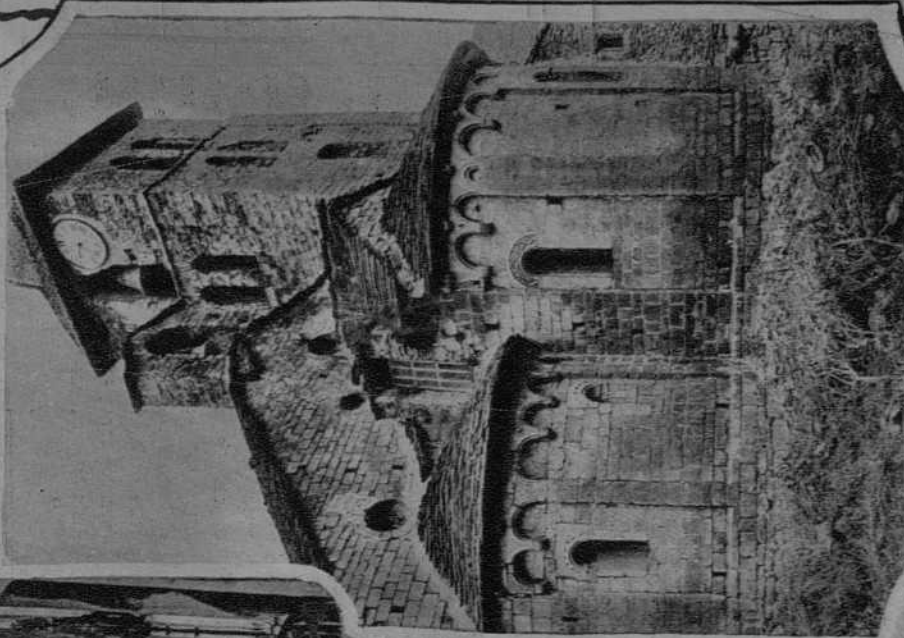
Una revista de «balilla»

(Fots, P. Pastorel)

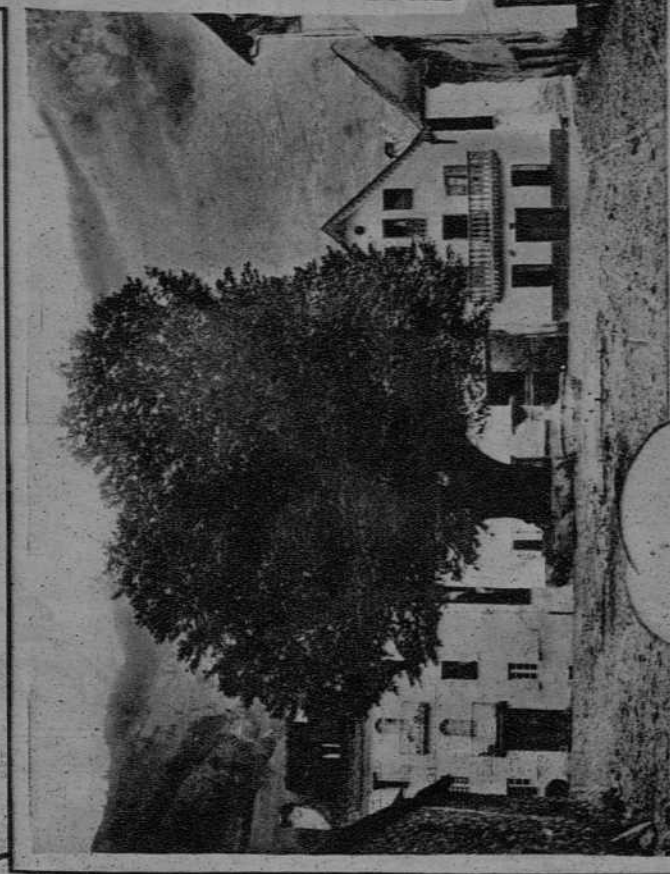
EN EL PINTORESCO VALLE DE ARAN, EL PUEBLO DE BOSST, DESTACA POR SUS BELLEZAS NATURALES Y POR SU VIEJO TEMPLO ROMANICO



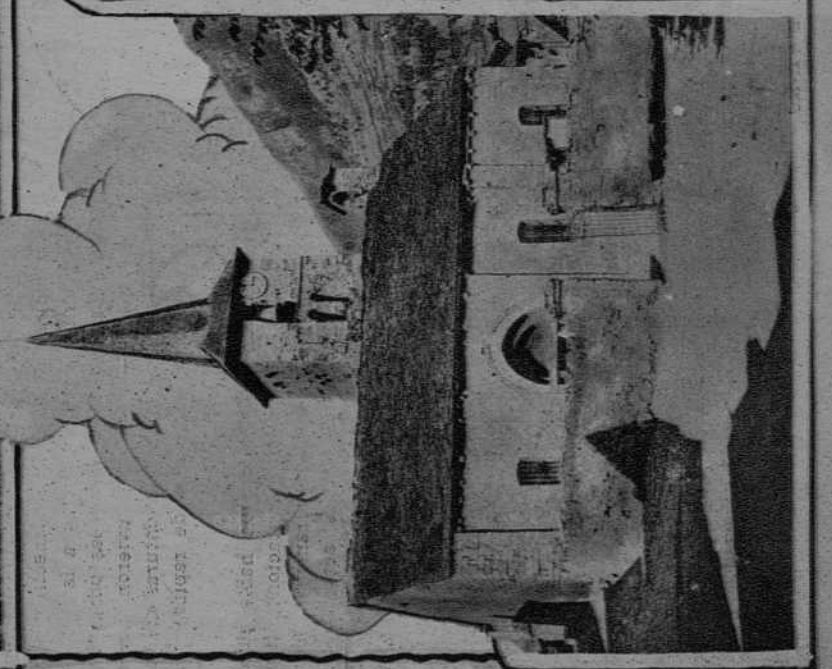
Interior del templo



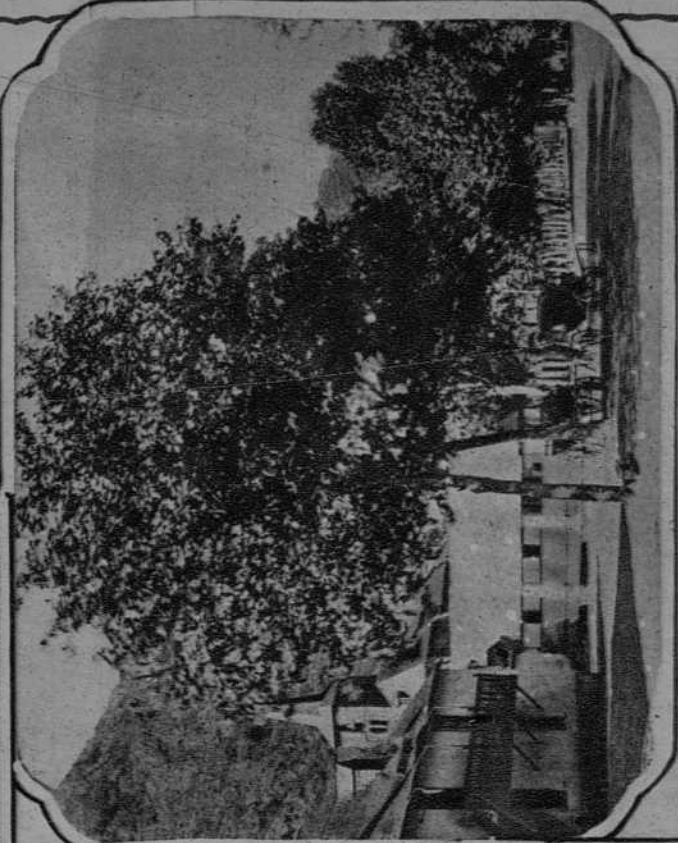
El Abside del templo



La plaza



Fachada Sur de la iglesia



El paseo principal

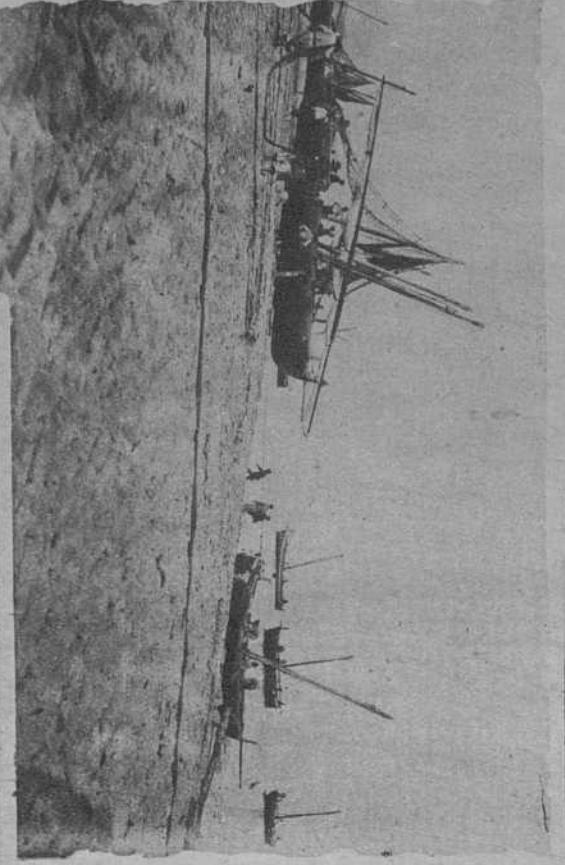
# La pesca en los costas de Atacama



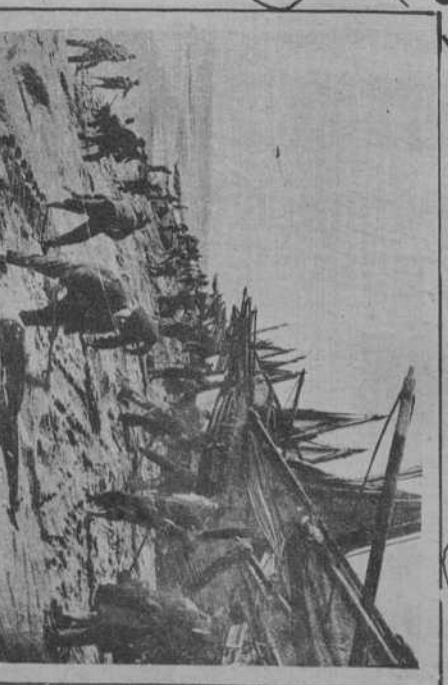
Preparando las redes



Preparando el varado de las embarcaciones



El fruto de la jornada

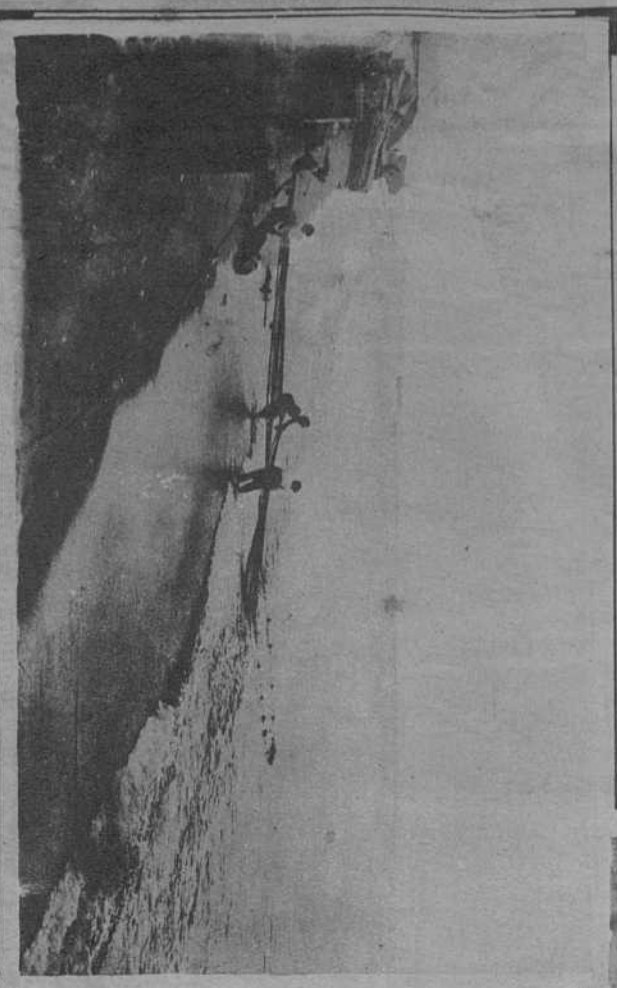


Arreglando la playa después de un temporal

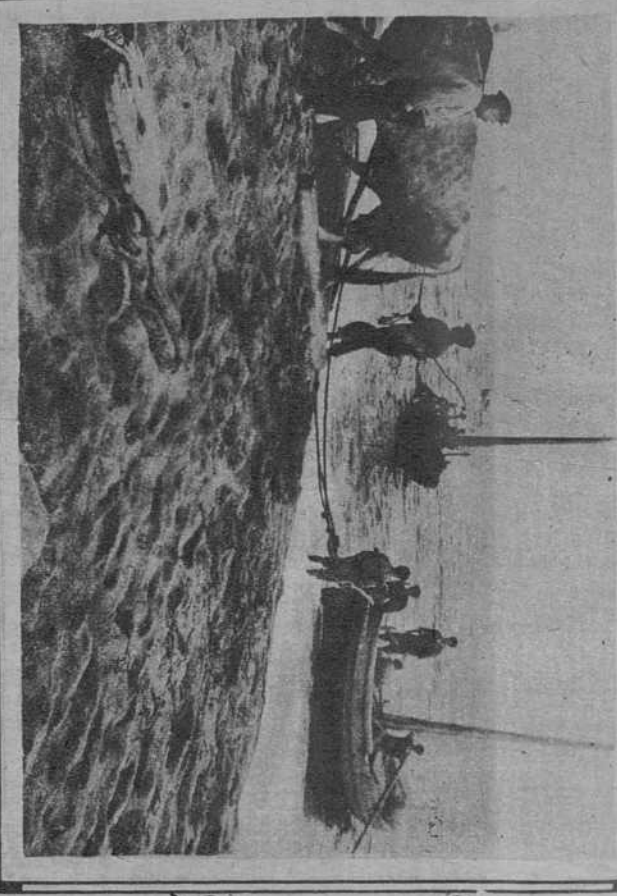


De regreso de la pesca del «chou»

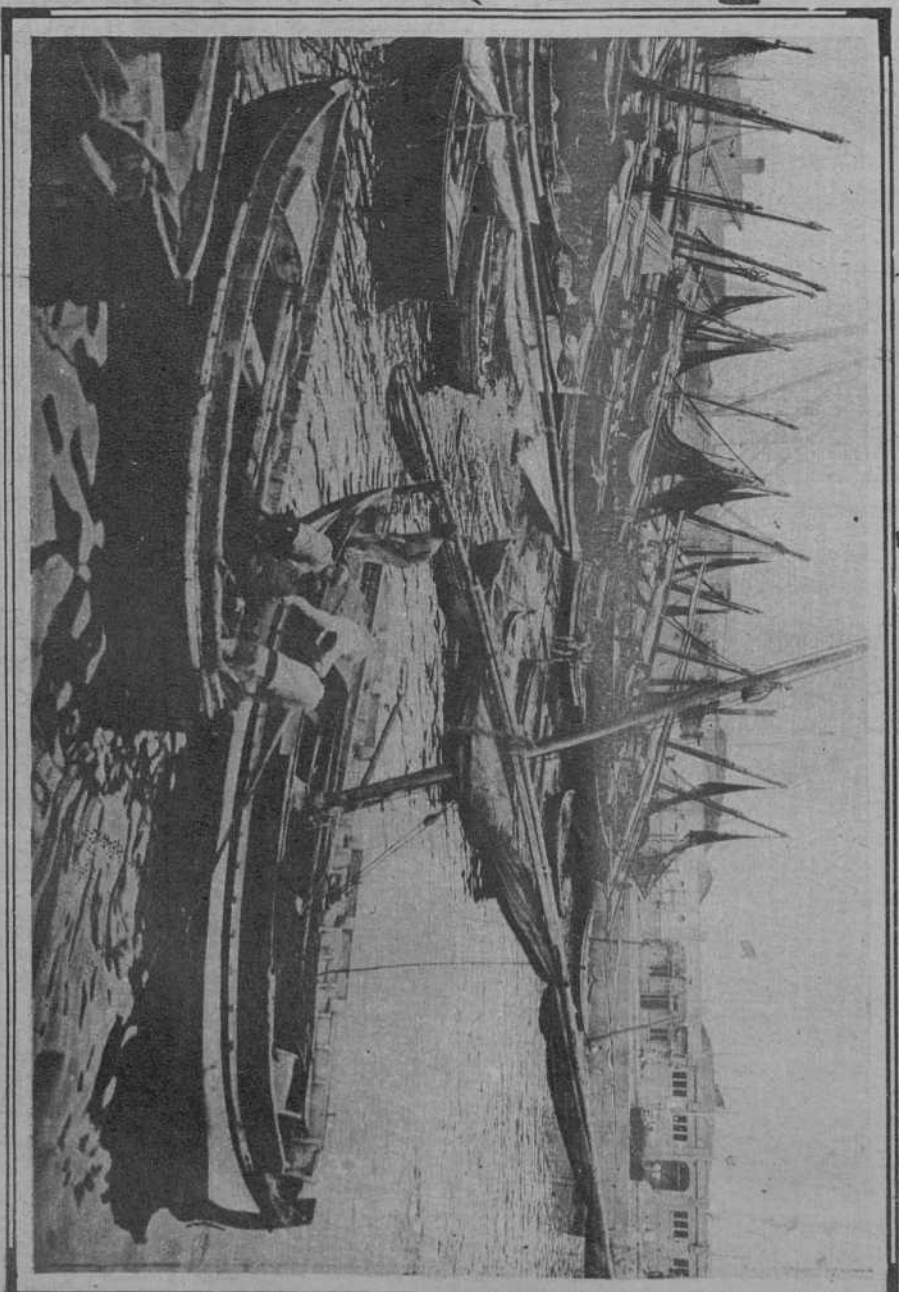
El desembarque del pescado



Sacando la «ca»



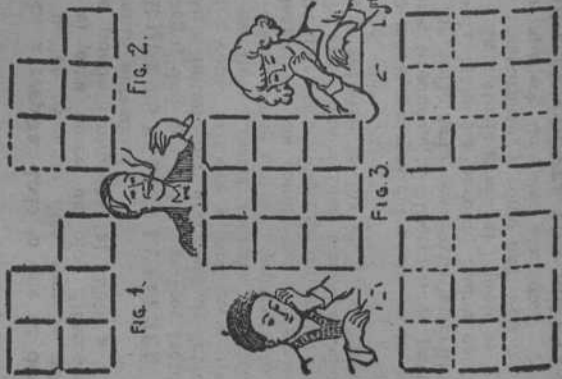
Varado de las barcas del «chou»



En el puerto, antes de la partida

(Fots. Brangulí, Mahamud y Vives)

EL JUEGO DE LAS CERILLAS

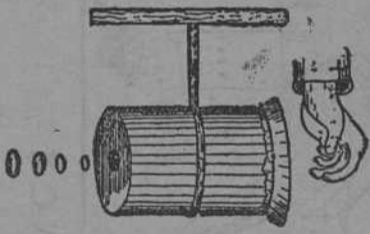


Formad, ante todo, con quince cerillas, cinco cuadrados. Quitad luego tres cerillas, en forma que queden sólo tres cuadrados. (Figuras 1 y 2). No todos, sin mirar el grande, sabrán hacerlo. Luego, con 24 cerillas, formad nueve cuadrados (Fig. 3). Ahora, quitad ocho cerillas y haced que queden sólo dos cuadrados. El problema tiene dos soluciones (Figuras 4), pero ambas nada fáciles.

El curioso castigado

Hay niños que son limpios y otros que son curiosos, que no es lo mismo. Uno de estos últimos era Santiaguillo, que poseía una fuerte dosis de curiosidad, aunque en las orejas ostentaba, casi siempre, unos sombreados no menos fuertes, refritos con el agua y el jabón. Un sábado por la tarde marchó con sus papás a una finca que poseían cerca de Madrid. Apenas llegó a la casa de campo comenzó a dudar de un lado para otro, enterándose de todo. No hubo rincón ni rendija donde no metiese Santiaguillo sus puntagudas narices, y los criados se vieron acosados por sus impertinente preguntas. —Oye, ¿por qué eres cojo?—preguntó al tío Pecos, el recadero. —Pues porque tuve la desgracia de caerme de un carro cuando era pequeño. Yo bien quisiera no ser cojo. —Pues a mí sí me gusta que lo seas; porque me da mucha risa verte andar, y me divierte un rato largo. Y prorrumpió en una estrepitosa carcajada. El pobre cojo quiso castigar su insolencia dándole un cachete; pero Santiaguillo corría delante de él, mofándose cada vez más de su defecto físico. —Ya te cogeré por mí cuenta cuando me nos lo esperes y me las pagarás todas juntas!—dijo el tío Pecos, alejándose malhumorado. Cuando llegó la noche, cada cual se fue a su habitación para acostarse. La alcoba de Santiaguillo estaba situada frente a la cocina, al final de un largo pasillo. Apenas se había metido en la cama, el ruidor de una conversación llegó a sus oídos, saciando su malísima curiosidad.

LOS ANILLOS DE HUMO



Los anillos de humo que suelen producirse al dispararse un cañón, y que se conocen por el nombre de anillos de Vortex, constituyen un fenómeno muy bonito que puede realizarse en casa. Todo lo que se necesita es un bote de conservas vacío, lo más grande posible. El bote se limpia perfectamente, se le quita del todo una de las tapas, y en la otra se abre un agujero circular de un centímetro escaso de diámetro. El extremo destapado se cubre con una hoja de papel fuerte, atada alrededor del bote a modo de parche de tambor. Hecho esto, se prende un poco de papel de estraza grueso, se deja arder un ratito, y se apaga luego la llama. El papel queda humeando, y entonces se quita la tapa de papel del bote, se mete en él el papel humeante, y se vuelve a tapar rápidamente el bote. A los pocos momentos éste estará lleno de humo, y para producir los anillos se pegan ligeros papirotazos en la tapa de papel, por efecto de los cuales el humo se escapa por el agujero, formando los referidos anillos. Estos aparecen más o menos de prisa según la rapidez con que se descarguen los papirotazos en el parche de papel.

hallar en aquella forma y en aquel sitio al hijo de sus amos. —Pero, ¿qué haces aquí? Yo creía que estabas en la cama. —¡No me mate usted!—balbuceó Santiaguillo. —Pero, ¿qué dices, chiquillo? ¿Qué no te mate? ¿Acaso crees que yo soy un criminal? —Sí, señor; lo he oído todo por el ojo de la cerradura... El tío Pecos soltó entonces una sonora carcajada, que acrecentó el pánico del muchacho. —¿Conque creías que eras tú el que iba a morir a mis manos? ¡Já, já, já! Al que voy a matar ahora, por encargo de tu mamá, es al gallo blanco para comérmelo mañana con arroz; pero no te está mal el susto que te has llevado, para que aprendas a no mirar por los agujeros de las cerraduras y a escuchar lo que no te importa.

FABULAS DE ESOPHO

La muchacha y la fortuna

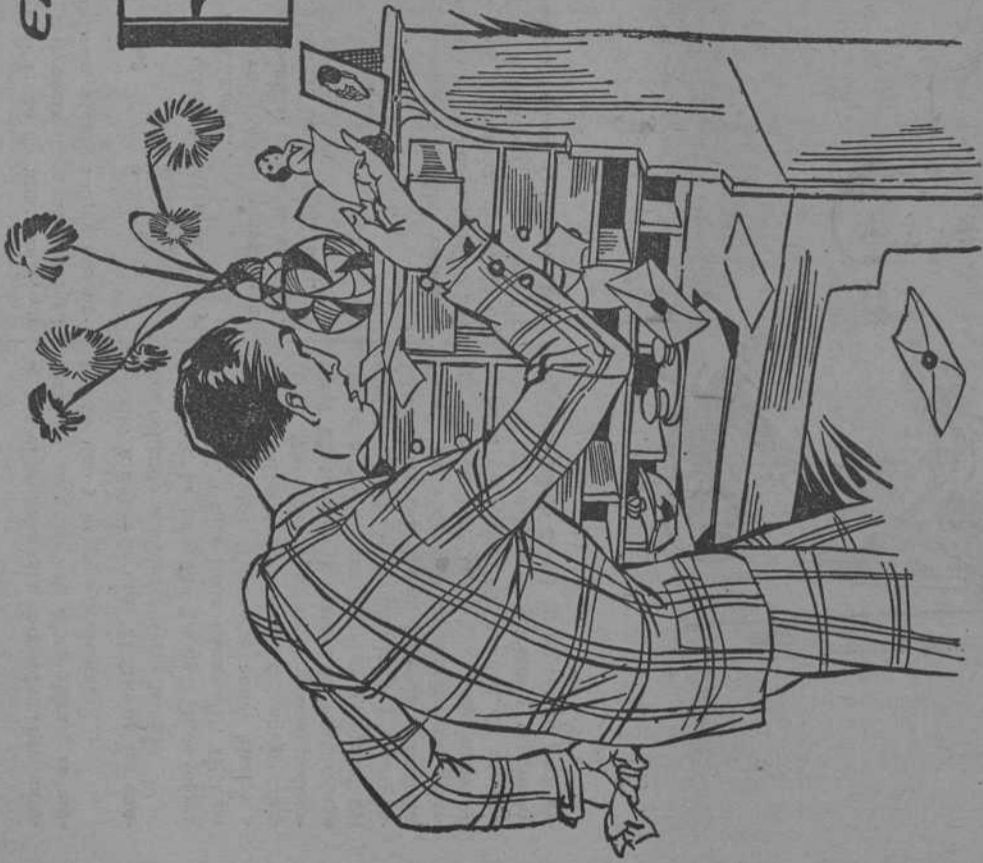
—000—

La Fortuna se acercó un día a un muchacho que se había quedado dormido junto a un pozo y le dijo: —Despierta y levántate de ahí; pues si te caes al agua todos me echarán la culpa de ello. Cuando en realidad la tendrás tú por imprudente. Son muchos los que culpan a la Fortuna por desgracias que deben a su falta de previsión o a su torpeza.



Juanita (Delante del armario de dulces).—¿Ninguna llave va bien, Pedrito? Pedrito.—No. Juanita.—Entonces esperemos hasta que vuelva mamá y que nos dé algo por haber sido buenos.

EL CUENTO DEL DOMINGO "EL DIMAL" (Novela breve) por PEDRO NIMO Ilustraciones de BOCH



Luego, entre abrumado y displicente, se hundió de nuevo en la butaca, próxima a un elegante escritorio de laca japonesa. Le hirió la retina un puntito luminoso que brillaba en el afiligranado muelle: la llavecita de aluminio, diminuta y fulgente puesta en la cerradura. ¿Qué insospechados secretos tendría Salazar al alcance de su mano? ¿Cuántas cosas íntimas y adorables guardarían aquellos cajoncitos que eran como sagrados de recuerdos y de esperanzas? «La curiosidad es una glotonería—dijo un sabio—y ver es devorar.»

Sensible, vivamente sensible, de una vida interior emocional y profunda, con un caudal inagotable de ternuras y una capacidad enorme de cariño, Irene era la novia ideal y la futura esposa modelo. Rítmica en todo y con facetas nuevas cada día, Aurelio, queriéndola, amándola, venerándola, se consideraba el más feliz de los mortales, algo así como un semidios de un imaginario Olimpo. ¡Hermoso y venturoso hogar el que entrevía, desde las cumbres del amor, aquel muchachote apasionado, exaltado! ¡Palacio magnífico, superior al de Aladín, aquel en que esplendía, triunfal, victoriosa la belleza de «ella», la gracia de «ella», la bondad y diáfana de «ella».

Aurelio estaba seriamente enamorado de Irene.

Arrastrada por la brisa, llegó una campanada. Las seis y cuarto. Tardaba mucho Irene. ¿A dónde habría ido? ¿Cómo, sabiendo que él la aguardaba, prolongaba su ausencia. ¿Qué podía retenerla?

Aurelio, de pie, impaciente ya, abrió de par en par la ventana recayente a un jardín, aspirando con deleite, con voluptuosidad, el aroma penetrante que emergía de las acacias, de los limoneros, de los rosales; espasó la mirada, abarcando con ella una parte de la ciudad envuelta en ese polvillo sutil y áureo de los crepúsculos vespertinos...

¡Preciosa criatura Irene! Ojos grandes, luminosos, llenos de verdad. Labios cándidos y sinceros. Frente clara. Elegante, señorial y leve la figura. Voz melodiosa, apta para el susurro, pródiga en inefables trémolos, rica en matices. Y una alma virginal, primaveral, candorosa y bondadosa. ¿Cómo no adorar e idolatrar a una mujer que era el perfecto equilibrio; una mujer no contaminada por el «hombriismo» imperante devoto del deporte—law-tennis, golf, natación motorismo—y religioso del dascoco y de la arbitrariedad?

¡Se estaba tan bien en aquel aposento que «olta a ellas!»—gabinete coquetón, íntimo, suavemente perfumado. Arrellenose en una butaca de damasco; encendió un «katives» y lanzó a galopar y a volar el hipógrifo de su fantasía. Ningún hombre tan venturoso como Aurelio Salazar. Joven, rico y bien amado, la vida era, para él, una bella sonrisa.

¡Preciosa criatura Irene! Ojos grandes, luminosos, llenos de verdad. Labios cándidos y sinceros. Frente clara.

Arrastrada por la brisa, llegó una campanada. Las seis y cuarto. Tardaba mucho Irene. ¿A dónde habría ido? ¿Cómo, sabiendo que él la aguardaba, prolongaba su ausencia. ¿Qué podía retenerla?

—¡Cómo!—exclamó, de pronto, desconcer-

—¿Has envuelto los pastelillos de jaca?

—Sí, señora, aquí están.

—¿Y las empanadillas?...

—También, sí, señora.

—No te olvides de las pastas ni de la caja de bombones.

Irene, ante la luna de su armario de nogal, se arregió los rizos de ébano que orlaban su frente.

—Dame el sombrero—dijo a su doncella—. ¡No, mujer, ese no! ¡El negro, el de mis corretillos!...

—Oh, sus corretillos! Se había hecho popular, Irene, en aquel barrio—su campo de operaciones—como ella decía. ¿Popularity nada más?...

Llamaban excesivamente la atención sus frecuentes salidas, casi siempre «de trapillo», sola, a pie, y a horas inoportunas. ¿Por qué no utilizabas su Citroën, la señorita de las sospechosas escapatorias? ¿Hacia dónde encaminaba cada día sus pasos? ¿En qué laboriosos iría a extraviarse?

Los comentarios de la vecindad, de las comadres de la vecindad, eran tan vivos como áerebols.

¡Claro, se había educado tan libremente

se por ellas, para que, solapadamente, astutamente, se alien con la mentira y se mofen de uno y le escarnezan...

Salió Aurelio de casa al filo de las cuatro, echando a andar sin rumbo fijo.

—¿Iria a la calle de Leones? Bien cerca estaba. Pero ¿qué iba a hacer allí? ¿Ponerse en ridículo? ¿Orreese como blanco a las cuchufletas «del otro», del aborrecible rival, que acaso le espiara y «comproceder»?

—¿Leones? ¿Leones?... ¡Ah, vamos... aquí está la calle que se buscaba—dijo Salarzar, con ira mal contenida, doblando el plano de Madrid, que había estado consultando— ¡Conque número quince, piso

se por ellas, para que, solapadamente, astutamente, se alien con la mentira y se mofen de uno y le escarnezan...

Salió Aurelio de casa al filo de las cuatro, echando a andar sin rumbo fijo.

—¿Iria a la calle de Leones? Bien cerca estaba. Pero ¿qué iba a hacer allí? ¿Ponerse en ridículo? ¿Orreese como blanco a las cuchufletas «del otro», del aborrecible rival, que acaso le espiara y «comproceder»?

—¿Leones? ¿Leones?... ¡Ah, vamos... aquí está la calle que se buscaba—dijo Salarzar, con ira mal contenida, doblando el plano de Madrid, que había estado consultando— ¡Conque número quince, piso



se por ellas, para que, solapadamente, astutamente, se alien con la mentira y se mofen de uno y le escarnezan...

Salió Aurelio de casa al filo de las cuatro, echando a andar sin rumbo fijo.

—¿Iria a la calle de Leones? Bien cerca estaba. Pero ¿qué iba a hacer allí? ¿Ponerse en ridículo? ¿Orreese como blanco a las cuchufletas «del otro», del aborrecible rival, que acaso le espiara y «comproceder»?

—¿Leones? ¿Leones?... ¡Ah, vamos... aquí está la calle que se buscaba—dijo Salarzar, con ira mal contenida, doblando el plano de Madrid, que había estado consultando— ¡Conque número quince, piso

se por ellas, para que, solapadamente, astutamente, se alien con la mentira y se mofen de uno y le escarnezan...

Salió Aurelio de casa al filo de las cuatro, echando a andar sin rumbo fijo.

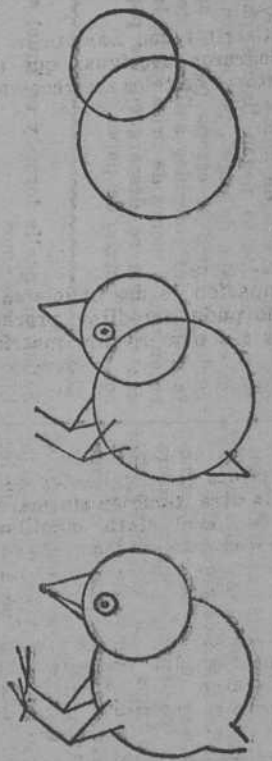
—¿Iria a la calle de Leones? Bien cerca estaba. Pero ¿qué iba a hacer allí? ¿Ponerse en ridículo? ¿Orreese como blanco a las cuchufletas «del otro», del aborrecible rival, que acaso le espiara y «comproceder»?

—¿Leones? ¿Leones?... ¡Ah, vamos... aquí está la calle que se buscaba—dijo Salarzar, con ira mal contenida, doblando el plano de Madrid, que había estado consultando— ¡Conque número quince, piso

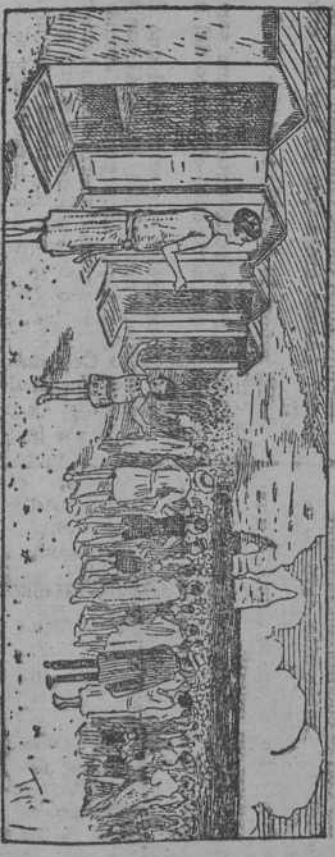
### ROMPECABEZAS



Estos se disputan por el pellejo de un conejo. ¿Dónde está éste?



Como se dibuja un polluelo



Cuidadito con meterte al agua. Ayer le di unos azotes a tu hermano por haber trazado mucha agua...

—¿Qué le hubieras hecho, mamá, si se hubiese ahogado?

### El porqué de las cosas

#### ¿POR QUÉ SE REFRESCA EL AIRE DESPUÉS DE LAS LLUVIAS?

Existen varias respuestas para esta pregunta. Primeramente, la lluvia limpia el aire, arrastrando todas las impurezas que hay en él. Si el aire contiene una gran cantidad de partículas, de humo, como se puede comprobar en las grandes ciudades, la lluvia disminuye su número arrastrándolas al caer. Ella purifica el aire de los gases sulfurosos y de los otros gases empujados por las chimeneas. Se cree también que la lluvia se produce gracias a unas des-

la expone a respirar todo lo que se desprende de él. A unos diez metros más arriba, el aire posee un olor diferente, como se puede comprobar al subir a un monumento elevado.

**¿POR QUÉ ES BLANCA LA LECHE?**

Con seguridad que todos nuestros lectores habrán notado que una clase de leche es blanca como la nieve y otra suele presentar un ligero matiz azulado, mientras que la crema tiene un color amarillento.

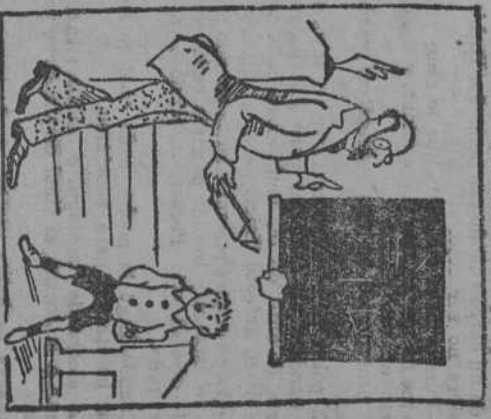
La leche, en sus condiciones normales, contiene muchos millones de diminutas esferas de grasa que actúan como pequeños espejos y reflejan la luz en todas direcciones.

Estas masas, ya más compactas como en la crema, producen la absorción de parte de la luz reflejando los rayos amarillos. Cuando la leche ha perdido buena cantidad de esta materia grasa, el líquido se ve más transparente, y como hay menos reflexión aparece de color azulado.

**¿POR QUÉ SE CUENTA POR DECENAS? ¿CUÁL ES EL ORIGEN Y LA CAUSA DE SU MUCHA APLICACIÓN?**

El hombre, en sus relaciones con la Naturaleza, ha tomado siempre a ésta desde los primeros tiempos como norma y libro de su conducta donde aprender e imitar, y por eso vemos que los diferentes sistemas de contar o agrupar unidades están tomados de la Naturaleza misma. Así, pues, los docenas, objeto de la pregunta, no es más que un múltiplo de 2-3-4 y 6, de cuyos múltiplos, especialmente 2 y 3, nos da la Naturaleza frecuentes ejemplos: dos o pares, son los ojos, las orejas, las manos, los pies, etc. (en la naturaleza animal); tres, son las potencias del alma, las virtudes teológicas, los ángulos del triángulo, los enemigos de la Santísima Trinidad, los enemigos de alma, los meses de una estación, etcétera; luego 3 y 2 son submúltiplos de 12 en el sistema de doblar las cantidades, nos da la docena, de que se ha valido la humanidad para contar desde los tiempos más remotos y que, sin duda, también está tomada de la naturaleza de las cosas, puesto que doce son los signos del Zodíaco, que corresponden a otros tantos meses del año.

Este sistema ha sido reemplazado por el métrico decimal, que simplifica las operaciones y los cálculos como todos sabemos, con sólo correr la coma a derecha e izquierda; tiene su fundamento científico, también tiene su fundamento científico, formado de la misma Naturaleza, puesto que el metro, su unidad absoluta y fundamental, no es otra cosa que una extensión o medida de longitud igual a la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasa por París, y que invariable, como todas las cosas de la Naturaleza, sirve de fundamento y origen al sistema.



Venimos: si cortó una patata en cuatro partes, cada una será un cuartito. Si la dividimos en ocho, será un octavo. Y si la dividimos en cuarenta, ¿qué será?

—Puede de patata.

randas de un obscuro paredón de fachadas que son orgías de luz y resplandor y se apagan a una vez, alocando la retina, excitando el cerebro, preocupando hasta la manía, para continuar la marcha disparatada, camino de la estación. Aquí es el apoteosis del delirio. Atravesando la inmensa sala de los andenes de una estación de París, se os antoja que una pescadería a la hora de la compra, es un lugar de calma y de reposo, 30 vísas se alinean a lo largo de la gran sala.

¡Trenes eléctricos, trenes de vapor, de quince a veinte vagones cada uno! En medio de la media hora saldrán en todas direcciones más de medio millón de viajeros. Ya no es la conquista del minuto, es la existencia de casa de locos.

Un día, otro día, meses y años; la vida va deslizándose en la febrilidad de drama de gran Guinfol. Pero el pobre hombre tiene existencia de casa de locos.

París, julio 1928.

ANGEL DANT

ne en su sangre el vicio de la ciudadanía. Está intoxicado por la necesidad de la gran aglomeración! No puede vivir sin su atmósfera. Lejos de ella, se aburre, está perdido, no sabe qué hacer. No concibe la vida de otro modo. Cree vivir, hasta que un día grita en plena calle, gesticula, asesina... ¡Por eso vemos tantos locos errantes que, e n las grandes ciudades, alimentan de pacientes, los manicomios!

—¡Ajá! Ni busándole hubiera encontrado mejor observatorio.

—Aunque, francamente, él no quería observar nada. Para curiosidad. Un capricho más de los suyos. Realmente, no se estaba del todo mal allí. Bastante discreto el piano eléctrico, lejos de molestar, sino recreaba, distraía a la clientela, compuesta en su mayoría de esos individuos, «ten de Madrid», que nadie sabe a qué se dedican.

Salazar consultó el reloj. Los cuatro cuarenta y cinco. ¡Faltaban quince minutos todavía! Tendría paciencia para permanecer «tanto tiempo» en aquel bar, cuyo encargado le miraba, desde el mostrador, de reojo? ¡Cómo se desesperaría «el otro», su rival!...

Se oyó el rodar de un coche y experimentó Aurelio, bien a pesar suyo, una extraña sensación, como si presintiese la proximidad de «ella». Hasta ahí que temblaba un poco... Pero ¿es que iba a ponerse a mirar tan dueño en todo momento de sí mismo... a la altura de un colegial? Y bien, que llegase, que descendiera de la berlina, alquilada para evitar, yendo en su Citroën, ser por alguien reconocido; que penetrase en el portal de la casa donde se la esperaba con impaciencia. A él temblaba muy sin cuidado cuanto hiciera o dejara de hacer Irene. Su resolución era firmísima: emprendería un viaje sin objeto alguno de jaría en completa libertad; durante un mes, a la que ya no debía ni podía, hacer su esposa. Luego, cuando regresase, sería menos difícil romper aquellas relaciones imposibles ya.

—¡Y a otra cosa! ¡A vivir cada cual su vida, dejándose llevar por el Destino, del que somos juguete todos los mortales! ¡A danzar por el mundo al compás de las horas! ¡A hacer lo más agradable posible la existencia, sin contemplaciones, al margen de toda inquietud, dando brinco en la sombra, volteando por la corteza de la Tierra.

—¿Qué fin cumplía, pues allí, convertido en un vulgar espía? ¿No habíamos quedado en que era indigno acechar?

—La verdad—declaró Aurelio—es que soy mentecato por los cuatro puntos cardinales...

Reaccionó súbitamente. Pasose en pie; pagó la consumación y, un poco avergonzado, abandonó el bar, huyendo de su observatorio.

—¿Qué dominio el suyo! Ni siquiera dirigió la mirada a la casa de la cita! ¡Aquello era proceder en hombre!

III

Las seis de la tarde.

En el gabinetito color de rosa, Irene y

# PAGINAS INFANTILES

## HISTORIA NATURAL

### EL CONDOR

Este magnífico volátil, pertenece a la familia de las «catartídeos», aves carnicívoras, pero que no arrebatan presas vivas, como lo hacen las llamadas rapaces. El naturalista Azara, describe minuciosamente algunas de las características de estas aves, que las diferencian en absoluto de las de rapina. De consiguiente, aquel emocionante episodio de la célebre novela de Julio Verne «Los sobrinos del Capitán Grant», donde el joven protagonista es llevado por los aires por un condor, es pura fantasía, por cuanto a esta ave le faltan las garras aceradas que permiten al águila y a otras grandes rapaces arrebatarse, sino a un machicho, por lo menos un cordero o un caraballo. Sin este defecto capital, el condor sería mucho más formidable que cualquier gigantesca rapaz, pues a todas las aventuras de tres metros en algunos ejemplares.

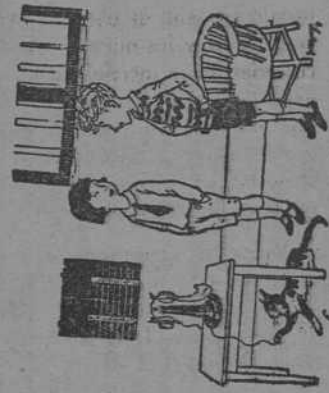
El pico del condor es grueso y fuerte, la cera está perforada por la apertura de la nariz, que es oblonga, y sobre ella se levanta una cresta o cimera cartilaginosa que se extiende a la parte anterior de la cabeza, un collarín blanco de pluma finísima y algodónada rodea la base del cuello, siendo el resto del cuerpo negro como el carbón.

La verdadera patria de esta gran ave carnívora son los Andes de Chile, Perú y del Ecuador, si bien se extiende la especie por el Norte hasta Colombia, y por el Sur hasta la Patagonia.

Ave de montaña que de llano, nunca se la encuentra en los bosques ni se posan en las arboles. Su morada predilecta son las altas cumbres, echándose en tierra para descansar; gustan de pararse en las elevadas peñas y lanzarse, desde allí, al espacio, no habiendo ave que la supere una vez en el aire, en lo elevado y majestuoso de su vuelo, lo cual explica, que los antiguos peruanos mirasen al condor como un animal sagrado y que Chile lo haya elegido como uno de los soportes de su escudo. Como el águila, se sostiene en el aire sin mover las alas, describiendo círculos inmensos, calculándose que se eleva de este modo a más de tres mil metros sobre las más altas cumbres andinas, altura que no puede alcanzar ninguna otra ave.

Los condores, ordinariamente, no comen más que carne muerta, que desgarran sólo con el pico.

Cuando en un sitio hay comida abundante...



—¿Es de veras este teléfono? —Ya lo creo. Pruébalo. Llamas y no te contesta.

te, no es raro ver reunidos cincuenta o más de estas aves en el sitio del festín, acuciadas por el olor de la carne.

El condor, cuando se encuentra harto, le ocurre lo que al butre, que no puede levantar el vuelo, circunstancia que aprovechan los campesinos para cazarlo.

Los condores, ordinariamente, no comen bardi; debiendo, por tanto, ponerse en cuarentena todas estas historias que se cuentan de dramáticas y trágicas luchas con estas aves que sólo son peligrosas al encontrarse con ellas en un precipicio, por el riesgo de ser derribado de un furioso alatazo.

Es creencia vulgar en Chile que el corazón del condor o emanados como allí se le denomina, es un remedio eficaz contra la anemia y la debilidad general.

B. S. N.



—Pero hijo, ¿Por qué cantas este trozo tan aprisa? —¡Porque como aquí dice candeante con motos!

Aurelio, sin pizca de inquietud... aparentemente a menos.

Diálogo monótono, trivial, manso. ¿Un viaje? ¿De muchos días? ¿De un mes?... ¡Ah, vamos, sí!... La despedida de Aurelio, intencionalmente:

—¿Vas a sentir mucho la ausencia? —Desde luego, más que tú.

—Es posible. —¡No, es seguro!

Pronunció Irene con tal acento de verdad estas palabras, que Aurelio quedó desconcertado.

Pausa breve, pero embarazosa. —Y... ¿cuándo es la partida?

—No sé...; quizás mañana. He de ultimar antes unos asuntos.

—Naturalmente! Te cogió tan de sorpresa la orden de marcha... Ahora, lo que hace falta es que te acuerdes de escribir.

—¡Telegrafiaré. ¿No es mejor? —Sí, eso es... «Llegué a París... «salgo para Londres...»

—¡Muy bonito! —Más bonita eres tú.

—¡Vaya una novedad! —No? ¿para qué?

—Más bonita y más... ¿lo digo? Nueva pausa, a la que puso fin Salazar.

—¡Ah! Oye: ¿quieres enseñarme la pulsera?

—¿La tuyá?... Es decir: ¿la que tú me regalaste?... ¿Qué se te ha ocurrido ahora? —Hay algún inconveniente?

—Sí. —¿Cuál? —Pues que no la tengo en casa.

—¿La has perdido? —No.

—¿La guarda tu padre, con las demás alhajas, en el Banco? —No...

—Está bien: «ya» no necesito saber más. —Hasta mañana! —Espera...

—Hasta mañana, a las seis, que vendré a despedirme...

Y así lo hizo, en efecto. Con puntualidad cronométrica llegó Aurelio, como todos los días, a casa de Irene, esperándola, según costumbre, en el gabinete color de rosa.

No se arrellenó en el butacón porque tenía engarabatos los nervios. Transcurrieron diez minutos, quince minutos... ¡media hora!

Aurelio se puso frenético... ¡pero aguarde! Hubiera esperado la noche entera por el placer de descargarse sobre la hipocrita, toda la cólera acumulada. ¡Aquello rebasaba los límites de la burla, del sarcasmo!

La conducta de la mujer prometida en matrimonio no podía ser más indigna, más vil. ¿Qué se había figurado la muy?... Se abrió violentamente la puerta. Penetró en el gabinete, demudada, temblorosa y llorosa, Irene.

Al verla, Salazar crispó de rabia los puños.

Tembló, en sus labios, una imprecación. —¡Perdóname «Elio»!—suplicó, trémula, Irene, desplomándose sobre una butaca...



# FIGURAS

## ALFREDO OPISSO Y VIÑAS

### DEL XIX

MEDICO, LITERATO CRITICO DE ARTE E HISTORIADOR

He aquí una eminente personalidad muy olvidada. Esta es la suerte de todos los precursors. Ellos allaman el camino y su labor al ser realizada, deviene sin importancia por sus inevitables defectos de cosa inicial, para aquellos que trabajan a base de lo ya preparado, sin considerar la labor impropia que realizan temperamentos como Opisso.

Médico, periodista, crítico de arte, historiador... y padre de innumerable familia, todo a un tiempo.

En el comedor de su modesta casa, en medio del juego de sus hijos, arrullado por el palabreo de su expansiva familia, se abstraía y de esta manera trabajaba, en su múltiple y variada tarea, que abarcaba todas las necesidades enciclopédicas, de los áridos editores, que se hacen ricos sacando partido de aquella inteligencia que nunca dice nada, que no presenta ninguna objeción y que lo abarca todo.

Después de haber ejercido la profesión de médico, habiendo cursado el Bachillerato en Taragona, su ciudad natal, y la carrera en Barcelona, ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Sanidad de la Armada, llegando a director de Sanidad Marítima y empieza ya a ser con el doctor Barberá y Canturri, José Ixart y Agustín Musté, el Anticuario del resurgimiento literario de Tarragona. Esta vocación le hizo trasladarse a Barcelona hacia el año 1882, donde deja a un lado la profesión de médico, para consagrarse a sus labores literarias. Esto no le impide dedicar de tanto en tanto su pluma, a la divulgación de los conocimientos médicos, colaborando en la confección de los «Manuales Solers», con «Los remedios vegetales» y el «Manual de Medicina doméstica». Escribió, también, en la «Gaceta Médica de Cataluña» y en la «Enciclopedia Médico-Farmacéutica» de Barcelona.

Después de haber colaborado como crítico de Historia y Literatura, en las revistas «La América» y «La Revista Contemporánea», de Madrid, y también en «La Ilustración», de Tasso, encargándose de la dirección de «La Ilustración Ibérica». Esta labor, deviene de gran trascendencia para el ambiente artístico barcelonés. En aquella revista da a conocer todo lo más notable en arte. En literatura, es el divulgador y traductor de las obras de Edgardo Poe y las personalidades castellanas: Leopoldo Alas (Clarín), Fernán Caballero, Alarcón, Blasco Ibañez, etc., y sobre todo en pintura, es el primer propagador del arte moderno, con la reproducción de las obras de la escuela prerafaelista, Burna Jones, Dante Gabriel Rossetti, Medox Brown y de toda la escuela inglesa con sus autores más conocidos:

## HORAS DE PARIS

# LOCOS ERRANTES

Existen por estos mundos aglomeraciones de seres humanos que viven en común y que son verdaderas extravagancias. Se llaman grandes ciudades. Londres, ocho millones de habitantes; París, cinco millones. Este abigarramiento vertiginoso de gente pulula entre un número fantástico de calles, en centenares de miles de casas....

Pero estas ciudades, que no fueron creadas para tantos millones de hombres, no pudiendo contener más, han desbordado enormemente. La urbe inmensa ha continuado aniquilando lo que fueron campos, para transformarlo en calles y avenidas y su impulso fue tal, que el pobre hombre pitonero de la ciudad, va en busca del campo a cincuenta kilómetros de distancia.

El hombre que vive en estas metrópolis, es la víctima de la distancia. El tiempo y la distancia son sus mortales enemigos, sus verdugos feroces que durante el día no cesan de gritarle: ¡anda! ¡anda! ¡todavía más de prisa, no tienes tiempo que perder! ¡sólo te queda un minuto!...

Si pasáis por entre la tupida multitud de esas grandes ciudades, veréis entre su gentío que anda frenético, unos hombres que andan más febrilmente, que sacuden su cabeza de un gesto nervioso, casi epiléptico. En pleno invierno van con el sombrero en la mano, el abrigo desabrochado, hablan solos y con grandes ademanes. Se paran, miran a derecha; se vuelven hacia atrás miran fijamente al que se encuentra enfrente como si quisieran agredirle. Después sonrían, se ponen el sombrero y en una carrera veloz da pasos descompensados, desaparecen entre el gentío continuando sus gestos desarticulados.

Son locos. Tal vez mañana atacarán a un ciudadano, se avalanzarán al cuello de alguien para estrangularle; pero hasta hoy nadie puede decirles nada. Son locos anónimos, son víctimas de la ciudad, la gran ciudad, la urbe inmensa, la productora de desequilibrio de miseria nerviosa, de decrepitud moral.

Este pobre loco que un día será fatalmente encerrado, llegó un día a París para trabajar. Su sistema nervioso era sano y sólido. Venía del campo, donde el aire no tiene límites. Respiraba el olor salubre del tomillo y del romero y vivía una existencia sosegada, trabajaba en paz, con calma; comía y dormía lógicamente. Este hombre vivía como la Naturaleza manda.

Pero desde su primer día de París, se encontró ante la brutalidad de las exigencias ineludibles de la vida de la gran urbe. Había a diez quilómetros de su trabajo, necesitaba una hora de viaje en un ferrocarril donde en cada compartimiento de doce personas se apilan veinticuatro. Así,

abigarrado, viajará hasta París. Al llegar, se precipitará en el tren subterráneo. Empezará, en la carrera loca para no perder un minuto, carrera que durará todo el día. Corre para no perder el Metro de las ocho y tres minutos, sino deberá tomar el Metro. El pobre infeliz, que en su pueblo tranquilo iba con calma a su trabajo, es ahora el esclavo obsesionado de seis minutos. Mientras corre por los subterráneos del Metropolitano, debe ingeniarse en buscar el camino más corto, debe preocuparse en saber que en tal corredor, en tal rincón, no encontrará la multitud que viene corriendo en sentido contrario, cruzando para tomar otra línea. Así ganará unos segundos. A la vuelta de una escalera subterránea oye el ruido de un portajón que se cierra; habrá llegado demasiado tarde, el andén estará cerrado. Unos minutos más de pérdida, una mermada en su media hora para llegar a su punto de destino. Cuando el portajón se abre de nuevo correrá precipitadamente hasta el otro extremo del andén; así podrá tomar el último coche del tren que corresponde al más cercano de la puerta de salida de su estación. Si ha olvidado este detalle, perderá aún dos minutos más antes de salir a la calle. Una vez arriba correrá como un desesperado para no llegar a su oficina con cinco minutos de retraso.

Contemplar la salida de una estación de Metro, en París, a las ocho de la mañana, es asistir a un simulacro de pánico, a un desastre organizado viendo hombres y mujeres, viejos y jóvenes, corriendo en todas direcciones, como si una catástrofe invisible les persiguiera. Son ciudadanos víctimas de la precipitación del vivir de la gran ciudad. Apenas van a empezar su jornada, que una hora de precipitación ha conmovido ya tensión nerviosa.

Para descansar trabajan a esta las doce. A mediodía, nueva carrera loca para precipitarse al restaurant. Hora y media para el picnic de tres minutos. Si llegan al restaurant a las doce y tres, todas las mesas están ya ocupadas. Tendrá que esperar media hora de pie, junto a la mesa, para no perder el turno. Pasará su tiempo contemplando como sus compañeros de infamundo tirgan casi sin masticar, el pan de cuatro días. De un vistazo saque, de víctima acostumbrada, habrá descubierto el plato del día y en cuanto los pobres trigones resiguados se zambullirán los platos, antes de sentarse a la mesa ya habrán encargado al camarero los platos de su predilección; y habrán ganado veinte minutos! Si es un práctico, encargará de una vez los tres

platos que componen su comida, mezclará el bistec con las legumbres, para no perder tiempo y mientras se atragantará, aprovechará para leer su periódico. Pero todo esto sin calma, pues otro ciudadano estará de pie junto a su mesa, esperando turno a su vez. Enjugando sus labios con una mano, con la otra pagará al camarero y saldrá precipitadamente consultando su reloj. Quince minutos para volver a su trabajo. Le quedan aún quince más para tomar su café y hacer su digestión. Entre en el bar; de pie toma su taza. Nueva lucha para abrirse paso y llegar hasta el mozo. Por fin, saldrá a la calle invadida por filas interminables de automóviles y calculando su paso, según los minutos que le quedan podrá hacer su digestión, mientras dirigiéndose a su trabajo va respirando los gases de los motores de los autos....

El trabajo es un reposo cuando se han podido abandonar las calles del centro de París, yunque y cerebro de la gran ciudad. Este reposo acaba a las siete, cuando termina un día más de cotidiana tarea. Ha llegado el minuto crítico de la lucha febril, nerviosa, epiléptica. En meses de media hora, dos millones de seres cansados por un día de labor, los nervios en el grado máximo de tensión se echan a la calle. Todos tienen una obsesión, una idea fija. Tomar el tren para ir a sus casas. Descansar, huir del ruido. Fugarse de la ciudad. Ya están en la calle nuevamente. Pero la calle no es una calle. Es un hormiguero de hormigas locas, presas de pánico. Todo el mundo corre en todas direcciones. Las acheras no pueden contener ya más gente. Es como un día de manifestación, como la muchebundante que sigue el final de una procesión. El arroyo es más trágico aún. Por el centro de París pasan en esos momentos más de dos mil automóviles cada treinta minutos. Es a esta hora, cuando se da una cuenta de la potencialidad de París, de la fuerza de la gran ciudad y es también a esta hora cuando uno se dice, muy bajo, que los hombres que viven en estas ciudades han perdido toda medida del vivir. Porque vivir no es correr a cada minuto el peligro de muerte, que peligro hay, no conformándose al bastón blanco, reglamentario del agente de circulación. No es vivir tener que correr cuando se tiene apenas un metro de espacio y sentirse ticocheado por otros que corren aún más. No es vivir aguzar los nervios hasta lo indelible, cuando a la carrera epiléptica se añade la visión de miles de letras de las gacetas luminosas en los tejados de las casas, los centenas de letreros eléctricos verdes, rojos, azules, blancos, que se encienden y desaparecen; de flechas de luz que surgen



ALFREDO OPISSO Y VIÑAS

JOAQUIN BAS GICH